

RESEÑAS DE LIBROS

Robert, Roberto (ed.), *Las españolas pintadas por los españoles*, estudio preliminar de Jorge Urrutia, Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero, 2008. ISBN: 978-84-86716-36-3.

En la actualidad asistimos a una serie de transformaciones sociales que se dirigen a conseguir la progresiva y necesaria igualdad genérica. El modelo de vida de los hombres y mujeres es hoy más cuestionado que nunca, y por ello resulta imprescindible echar la mirada atrás para comprobar los cambios que se han venido produciendo en los últimos siglos. De esta forma se explica la importancia de la edición facsimilar de *Las españolas pintadas por los españoles. Colección de estudios acerca de los aspectos, estados, costumbres y cualidades generales de nuestras contemporáneas*, obra que fue publicada por Roberto Robert en 1871.

La obra recoge una serie de estudios que describen tipos femeninos de la mano de distintos escritores, todos ellos hombres. El cuerpo introductorio del facsímil está encabezado por una presentación de Blanca Uruñuela, presidenta de la Fundación Francisco Largo Caballero, en la que se detallan las circunstancias de edición del texto. Con motivo del centenario de la inauguración de la Casa del Pueblo en Madrid, la Fundación ha reeditado en formato facsimilar algunos de los ejemplares más importantes de su biblioteca, compuesta por grandes donaciones. Una de las aportaciones más famosas es la del fondo bibliográfico de D. Joaquín Pi y Margall, al que pertenecía el volumen de *Las españolas pintadas por los españoles*.

El libro fue seleccionado para su reedición por Jorge Urrutia, autor de un excelente estudio preliminar que ayuda a los lectores no avezados en el conocimiento del costumbrismo español a penetrar con más profundidad en la obra. Tras realizar un repaso por los antecedentes extranjeros del movimiento costumbrista en España, y comparar la obra con publicaciones similares, Urrutia lleva a cabo un profundo análisis del texto, abarcando diferentes aspectos tales como la ambigua recepción que tuvo la colección, los autores que participaron en su elaboración o los medios de difusión utilizados. El estudioso realiza una advertencia al lector de hoy: es conveniente que “se desprenda de su mirada moderna y se acerque a estas páginas dispuesto a no escandalizarse” ante unos textos que “rezuman muy probablemente machismo por los cuatro costados”. Hace especial hincapié en dos temas claves de la obra: el lugar que debía ocupar la mujer en la sociedad y los tópicos a los que se alude en los textos. El propósito del editor de la obra original R. Robert, firme defensor de la educación femenina, consistía en acabar por medio de la educación con la imagen de la española prototípica procedente de la perspectiva extranjera, aun-

que, como apunta Urrutia, será el lector quien juzgue si finalmente alcanza su pretensión.

La nueva edición integra los dos volúmenes en un único tomo: el primero fue publicado en 1871 y contiene un total de 35 artículos; el segundo, que apareció al año siguiente, cuenta con 33. La elaboración del facsímil está cuidada al detalle: se ha elegido un papel más grueso que el habitual, de tono ocre, con el objeto de diferenciarlo de los nuevos apartados introducidos en el volumen actual, impresos en color blanco. La edición decimonónica incorporaba en cada tomo cinco láminas, que la reedición incluye; muestra copias tanto de los grabados originales, que proceden de Aristi y L. Burgos, como de los dibujos, firmados por J. L. Pellicer y Feñer. En la página inicial se reproduce la dedicatoria manuscrita de R. Robert dirigida al propietario del volumen, Pi y Margall. Así mismo, en la página III encontramos sellos y números de registros de diferentes bibliotecas que muestran la azarosa vida del volumen, junto con una relación de los autores de los artículos. La lista anuncia nombres de autores, como el de Campoamor, que no redactan artículo alguno; Robert los incorpora para aumentar la expectación del posible comprador. Los auténticos colaboradores de la obra son reconocidos escritores del momento, entre los que destacan Carlos Frontaura, Julio Nombela, Enrique Pérez Escrich o Benito Pérez Galdós. Pese a lo indicado más arriba, el receptor fundamental del libro parece ser masculino, siendo muy pocos los artículos que aluden a una posible mujer lectora (aunque esto constituya una contradicción con el tono moral y doctrinal hacia la mujer que Robert formula en su prólogo). Una anécdota vivida por el narrador o una reflexión son los puntos de partida más utilizados para describir los distintos tipos de mujer, que representan diferentes clases sociales, con constantes alusiones a la observación de la realidad. Todos estos rasgos colocan la obra dentro del género costumbrista, tal como lo definió J. Montesinos (*Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*, 1960). Los argumentos se validan en algunas ocasiones por medio de alusiones literarias: hallamos referencia a escritores (hombres, como era de esperar) tales como Hartzzenbusch, Espronceda, Balzac, Dante, Molière o Moratín.

Las españolas pintadas por los españoles arranca con un prólogo firmado por Roberto Robert que plantea la urgencia de aclarar la opinión que los españoles tenían acerca de sus contemporáneas, a la vez que recoge la desorientación que sufría la mujer acerca de cuál era su exacto papel en la sociedad. Ya en este prólogo, el coordinador del volumen se muestra favorable al progreso femenino, idea que reforzará en su artículo «La española neta», en el que realiza un elogio a la mujer del siglo XIX con respecto a la española del siglo anterior. Denuncia la escasa educación que recibían las muchachas de la época, tema recurrente en la obra, que pone de manifiesto la preocupación que existía por esta cuestión en el siglo XIX: el estudioso J.P. Gabino apunta que en un principio los hombres no deseaban la educación femenina, por una especie de pureza intelectual que poseía este sexo, aunque

progresivamente irán aceptando un cierto grado de formación (“*In principio erat Verbum*: el léxico caracterizador de la letraherida o la mujer anda en lenguas,” en *La mujer de letras o la letraherida. Discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX*, 2008). Se observan posturas análogas a la de Robert, como la de Ángel Avilés en «La niña casadera», que ataca el sistema educativo femenino de la época, o Pedro Avial, que llega a afirmar en “La bonita... y no más” que “la educación femenil no existe en España”. Pero Robert no encontró muchas más voces masculinas que se alzaban contra el antiguo modelo, y junto a estas opiniones de carácter progresista encontramos actitudes que se muestran reacias al cambio social, como la idea que aparece en un importante número de artículos basada en que la educación de la mujer debía ir dirigida al matrimonio, y por extensión a la maternidad, verdaderas metas femeninas.

Las formas de reproche que el hombre dirige a la mujer se centran especialmente en sus excesivas ansias por conseguir marido (crítica por otro lado paradójica, por ser precisamente esa la función que le era otorgada por el hombre) o su lucha por fingir menos edad, que la obliga a llegar a límites ridículos. Junto a esta descripción se pondera una visión idealizada de la mujer, poseedora de excelentes virtudes, que se propone como modelo a las posibles lectoras, aunque ya hemos señalado que el lector implícito casi siempre es masculino; este rasgo, junto con la ausencia de autoras en la obra, nos muestra que, en realidad, la mujer no era origen ni meta de estas ideas, sino simple espectadora. M. A. Ayala (*Las colecciones costumbristas*, 1870-1885, 1992) señala que los escritores de los artículos del volumen se presentan como mentores y educadores de la mujer para lograr efectos placenteros y agradables al hombre. Para la autora este acercamiento a la figura femenina, aunque estereotipado, puede entenderse como un precedente del desarrollo de las heroínas realistas. El sentido humorístico y la ironía propias del costumbrismo que inundan todas las descripciones evita a los autores caer en un discurso excesivamente moral, aportando frescura y modernidad a la obra.

La mayor parte de los artículos se centra en la descripción hiperbólica y humorística de características consustancialmente femeninas para la mentalidad masculina de la época, que determinadas mujeres convierten en auténticos estilos de vida, como podemos comprobar en “La nerviosa”, “La señorita cursi”, “La celosa”, “La maldiciente”, “La habladora”, “La curiosa”, “La mogigata” o “La amable”.

Otro núcleo temático que aparece en los artículos gira en torno a determinadas profesiones femeninas: “La colillera”, “La peinadora”, “La literata”, “La cómica”, “La bailarina”, “La actriz” o “La modelo”. En la mayoría de los casos, los escritores se muestran desfavorables hacia ese tipo de mujeres, acusadas de olvidar sus funciones de madre o esposa en pro de unas actividades para las que además no están dotadas. La cuestión de fondo de toda esta crítica es el cambio que se estaba produciendo de la sociedad antigua a una nueva organización social, como men-

ciona Eduardo Saco en su artículo “La literata”. Las mujeres comenzaban a mostrar la intención de ocupar el lugar que les correspondía en el ámbito público, y resulta hasta natural que los hombres se sintieran amenazados por el peligro que corría el sistema de poder tradicionalmente masculino. Esta inquietud que empezaba a mostrar la mujer decimonónica es el rasgo que otorga una gran actualidad a la obra desde la perspectiva del lector moderno, que está siendo testigo hoy de la culminación de esas innovaciones sociales.

Marina González Sanz
marinagonzalez42@hotmail.com
Universidad de Sevilla

Góngora vindicado: soledad primera, ilustrada y defendida, estudio y edición de María José Osuna Cabezas, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009, 407 págs. ISBN: 9788492521593.

La doctora María José Osuna Cabezas es profesora del Departamento de Literatura Española de la Universidad de Sevilla. Ha dedicado gran parte de su actividad investigadora a la poesía del Siglo de Oro. Publicaciones anteriores, como *Las Soledades caminan hacia la corte: primera fase de la polémica gongorina* (Vigo, Editorial Academia del Hispanismo, 2008), y esta nueva edición muestran el grado de atención prestado a la poesía y polémica gongorinas.

Puede parecer impensable aportar hoy día algún texto “novedoso” que arroje algo de luz a los estudios sobre Góngora y a una de las mayores polémicas literarias de la literatura española; pero lo cierto es que la lista de materiales inéditos –ya detallada en el apéndice de las Soledades de Robert Jammes– es extensa. *Góngora vindicado: Soledad primera, ilustrada y defendida* debe enmarcarse, pues, en la necesaria tarea de ir sacando a la luz tales documentos, de gran interés para el lector y la crítica. Los diversos y abundantes textos que a partir de 1613 se cruzaron en el panorama poético español a favor o en contra de las *Soledades* de Góngora han acabado convirtiéndose en un auténtico maremágnum y quebradero de cabeza para la crítica a la hora de su clasificación y publicación conjunta. Desde que Emilio Orozco iniciara esta investigación a mediados del siglo XX hasta los recientes estudios de Robert Jammes, Antonio Carreira, Antonio Pérez Lasheras, José M^a Míco o Joaquín Roses Lozano, entre otros, la lista de textos identificados no ha parado de esclarecerse y detallarse. En este contexto, la doctora María José Osuna ha seguido la pista a un nuevo testimonio ya advertido por José Manuel Blecua y R. Jammes pero hasta ahora editado solo parcialmente por el propio Blecua. Se trata de un manuscrito anónimo depositado en la Biblioteca del Seminario de San Calos